

— ¡Una mujer!

— ¡Sí!, gritó ésta como una insensata; soy una mujer..., me han robado hace quince días..., me pusieron un cuchillo en la garganta..., me han traído con ellos... Pero no me he manchado las manos de sangre, ¡no!, ¡lo juro!, los acompañaba únicamente porque no me matasen. Soy de San Severo..., soy una pobre aldeana.

— ¿Por qué no le has pegado un tiro en la cabeza á uno de esos?

— No me atreví..., me habrían atormentado... Es menester ver lo que hacen... Creía que me iba á volver loca... Si lo hubieseis visto... Pero él (y designaba al herido)..., él ha sido un dios..., lo ha soportado todo..., no ha dicho una palabra, no, ni una palabra.

— ¡Arrastrad á esos malvados á los pies de su víctima!, gritó el capitán.

Los guardias arrastraron á los tres bandidos hasta ponerlos delante del herido, á quien habían dejado un lienzo que le cubría la cara.

— ¡Soy yo!, dijo el capitán inclinándose hacia el infeliz que empezaba á volver en sí; ¡estás salvado!, ¡estás entre tus compañeros!, ¡ánimo! Mira, tus asesinos están arrodillados delante de ti.

El infeliz alzó lentamente la cabeza; extendió una mano, la puso sobre la cabeza del jefe de los bandidos, la retiró, sonrió con la boca ensangrentada, alargó la cabeza y le escupió á la cara.

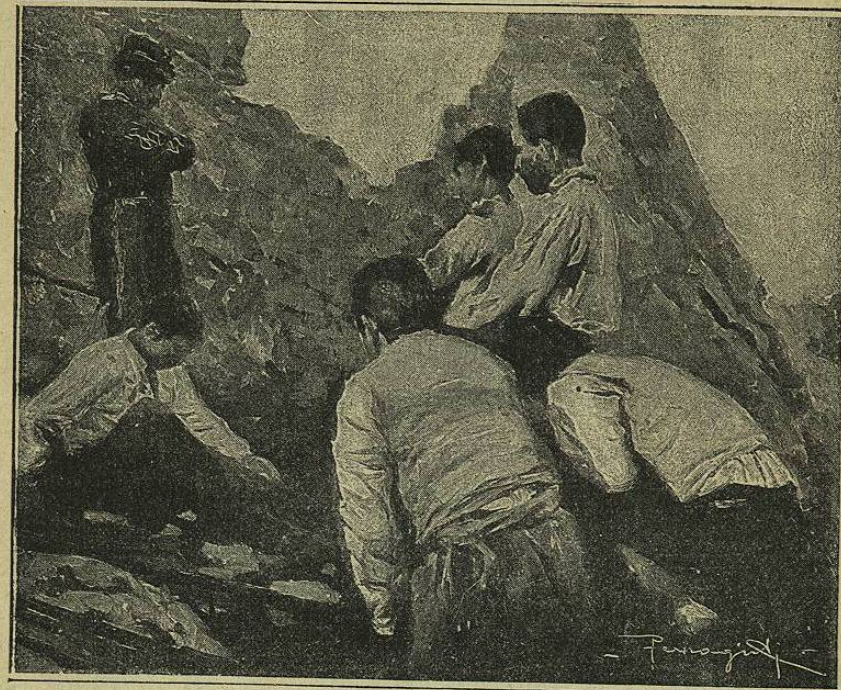
— ¿Qué es esto?, preguntó el capitán recogiendo una cosa blanca y mojada que vió caer de la boca del desgraciado.

— ... La contestación... al coronel..., respondió el herido con voz apagada.

— ¿Al coronel de San Severo? ¡Mi contestación! ¿La que te he dado esta mañana?

El guardia indicó que sí.

El capitán se lanzó sobre él, le echó un brazo al cuello y



Uno tras otro, arrastrándose como culebras, besaron los pies al herido

le dió un beso en la frente; luego se irguió y con acento enérgico y conmovedor gritó á los soldados:

— ¡Muchachos, inclinaos ante este valiente! Llevaba al coronel una carta mía anunciándole nuestra partida, la hora y sitio adonde íbamos; si los ladrones la cogían, se escapaban; se la metió en la boca, y no habló por no descubrirse, y soportó los tormentos en silencio. ¡Es un héroe, un mártir, un alma grande!

— ¡Sí!, gritaron á una todos los guardias con voz que les salía de lo más hondo del alma.

— ¡Besadle los pies, canallas!, gritó el capitán á los ladrones.

Uno tras otro, arrastrándose como culebras, besaron los pies al herido.

— ¡Capitán!, gritó entonces la mujer mirándole con ojos de loca; yo pude avisarles cuando ustedes llegaban..., no lo hice y les dejé sorprenderlos... En recompensa, sólo pido un favor. Soy ya una mujer perdida... No puedo volver á mi casa... ¡Fúsilme usted con esos!

— ¡No!, exclamó el herido haciendo un esfuerzo.

Todos volvieron la cabeza.

— Usted..., prosiguió el infeliz con voz débil, tendiendo á la mujer una mano ensangrentada, debe hacer una obra de caridad...

— ¿Cuál? ¡Diga usted! ¡Se lo pido por Dios!, exclamó la joven echándose á sus pies con las manos juntas.

— Acompañarme..., murmuró el infeliz.

— ¿Adónde?

— A todas partes.

Todos se miraron con extrañeza.

— ¿Qué quiere usted decir con eso?, preguntó la joven.

— Aún no han visto ustedes todas mis heridas..., respondió el guardia. Miren ustedes.

Y levantó el pañuelo que le cubría la frente. Todos se acercaron curiosos, miraron y profirieron un grito de horror y de compasión.

El desventurado estaba ciego.

— ¡Mueran, mueran!, gritaron entonces todos los guardias golpeando fuertemente á los bandoleros con los fusiles y con los pies. ¡Mueran!

La voz del capitán no consiguió dominar el tumulto; los guardias se lanzaron fuera llevándose á los ladrones en su carrera precipitada.



Entonces se estrecharon la mano...

— ¿Hará usted... esa obra... de misericordia?, preguntó el herido á la mujer cuando se quedaron solos.

Ésta alzó los ojos al cielo y contestó:

— Mi vida es de usted.

Entonces se estrecharon la mano, y una estruendosa descarga que resonó en el valle pareció saludar aquel nobilísimo pacto, que une de diez años á esta parte á la mujer compasiva con el héroe.

LA CASA PATERNA

(DE LAS MEMORIAS DE WILHELM VAN MINDEN)

... Había tenido más de una vez el deseo de hacer una excursión á Kalmert, para volver á ver la casa donde nació y los sitios donde pasé los primeros quince años de mi vida. Pero siempre, en el momento de partir, me había faltado el valor. En aquella ciudad había ocurrido el suceso causa de la dispersión de mi familia; en aquella casa sufrí el primer gran dolor de mi vida, la muerte de mi padre; por lo cual temía sentir de nuevo, al volver á verla, una emoción sobrado dolorosa. Así era que había ido aplazando mi viaje de año en año, esperando siempre que al siguiente tendría más ánimo, y de este modo habían pasado veinte, es decir, lo mejor de mi vida. Pero habiendo descubierto una mañana de enero, al peinarme, un mechoncito de canas que hasta entonces había estado escondido bajo un compasivo rizo rubio, me dije resueltamente: «De ahora no pasa,» y partí á la mañana siguiente para poder estar por la noche de regreso en Bois-le-Duc.

«¡Veinte años!, pensaba durante el trayecto, mirándome en los cristales del vagón; la gordura, la barba y el sol de Borneo me han cambiado mucho; nadie me conocerá; nadie vendrá á distraerme del objeto triste y grato á la vez del primer viaje; puedo ir allí tranquilo.» Y en efecto, acerté en mis previsiones.

Nevaba; el campo estaba enteramente blanco; el tren casi vacío; mis compañeros de viaje subieron á un coche apenas llegamos á Kalmert, y desaparecieron; yo me encaminé solo á